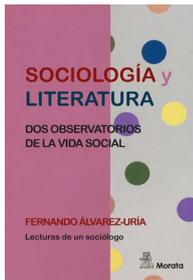


Reseña/Review (Álvarez-Uría, Fernando, “Sociología y literatura, dos observatorios de la vida social. Lecturas de un sociólogo”, Madrid, Ediciones Morata, ISBN: 978-84-18381-08-9, 403 págs., 2020)



Sociología y literatura, dos observatorios de la vida social es una clara apuesta por reclamar el papel de lo literario como instrumento legítimo y útil para analizar y comprender la realidad social. El libro de Fernando Álvarez-Uría supone un esfuerzo minucioso por tejer las necesarias urdimbres que reconcilien a ambos

reinos –el del conocimiento científico y el del arte literario– tras el paulatino divorcio que ha implicado el proceso de autonomización del arte en occidente. En el transcurso de su empresa, el autor logra demostrar que sociología y literatura, lejos de tratarse de dos espacios sociales absolutamente distintos, e incluso enfrentados, no son en realidad opuestos sino complementarios. De hecho, el autor nos llevará de la mano por un recorrido trufado de detalles literarios y sociológicos en el que logrará convencer al autor de que la superación del recelo mutuo entre los dos campos –literatura y sociología– puede resultar enormemente fecunda para ambos.

Como ya plantearon aquellos de entre los teóricos marxistas que hicieron de la literatura su principal objeto de estudio, las obras literarias son hijas de su tiempo, esto es, fruto de ciertas condiciones históricas de producción (Goldmann, 1975; Lukács, 2010). Los abordajes cercanos al llamado ‘estructuralismo genético’ dieron mucha importancia a la homología estructural que vinculaba la producción literaria al sistema económico en que esta era producida. Aun así, y si bien es cierto que, durante años, el estructuralismo hegemónico primó esta dimensión de la literatura sobre cualquier otra, también se dieron, desde el marxismo, aportaciones disidentes. Algunas de ellas, hicieron hincapié en que la propia literatura –en tanto que parte de la superestructura– era también capaz de influir el imaginario cultural y contribuir a configurar realidades (Brecht, 1973; Gramsci, 1973). Aunando ambas visiones, la perspectiva crítica contemporánea, desde los estudios culturales hasta los seguidores de Bourdieu, entienden que el análisis del objeto literario posee un doble valor: el de representación y el de catalizador de la acción social. Ese doble papel es el que le interesa a Álvarez-Uría y sobre el que trata de urdir las más imbricadas relaciones.

Sin embargo, el espacio que surge en la intersección entre dos mundos es siempre un espacio híbrido e inestable, tan abierto como difícil de aprehender; un espacio en disputa en el que frecuentemente se presencian in-

tentos de apropiación del objeto por parte de los agentes consagrados en ambos campos. Los críticos de arte tratan de vincular el arte consagrado a la individualidad de un genio creador, mientras que los sociólogos tratan de reducir la literatura a un mero reflejo del contexto histórico.

Pero también es en el florecimiento de esos lugares mixtos donde, de tanto en tanto, surgen personajes que logran articularlos con un análisis lúcido y certero. Fue el caso de Bourdieu en sus primeros abordajes del mundo del arte (Bourdieu, 1990, 1994, 1998), en el que desarrolló por vez primera la noción de campo. Haciendo, como le gustaba decir al sociólogo francés, «de la necesidad, virtud», se convirtió él mismo –mitad académico y mitad editor– en la figura híbrida que la interpretación profunda del espacio social que el arte necesitaba.

Ese papel, el de esa figura intermedia que nada entre dos aguas, lo encarna Álvarez-Uría. Ese niño asmático, no demasiado buen alumno, pero ferviente amante de la literatura y ávido devorador de libros cultivó desde pequeño el placer por la lectura como ventana a un mundo mucho que excedía en mucho las inmediaciones de su Asturias natal. Ahora, tras haber alcanzado los más altos niveles de la institución académica, desempolva su verdadera pasión: la literatura. No contento con ello, la pone en conversación con la que ha sido durante la mayor parte de su vida su profesión: la sociología. En ese trance, recupera el bagaje de su infancia, su experiencia como crítico literario, su acervo de años de académico y se atreve –con la valentía que da la madurez– a tejer un texto tan sugerente como necesario. Y es que la obra de Álvarez-Uría, además de ser elegante, y rebosar la erudición del académico, posee, como ya decíamos, la riqueza del que está a caballo entre dos campos. Aporta el ojo crítico del iniciado que compensa, a la vez, con la frescura de la perspectiva del que se siente, en cierto modo, extranjero entre dos tierras.

Su obra se estructura a través de varios estudios de caso organizados de forma capitular donde se entrecruzan con gran erudición géneros literarios, momentos históricos y teoría sociológica. En el prólogo del libro, escrito por Luís Mancha, cineasta, documentalista y profesor en la Universidad de Alcalá, se pone de manifiesto la honesta sinceridad con la que Álvarez-Uría se propone emprender esta empresa.

En la introducción, el autor trata de mostrar que, a pesar del aparente enfrentamiento soterrado que ha habido históricamente entre literatura y sociología, son

muchas las conexiones existentes entre los principales estudiosos de ambos campos. Para ilustrar estas conexiones, entrega, como muestra, un botón: la noción sociológica del ‘delito de cuello blanco’ y sus orígenes literarios. Desde el Gran Gatsby, pasando por el éxito del género de la novela negra, la literatura ayudó a forjar un imaginario clave que terminó por florecer en la nueva criminología crítica de la Escuela de Chicago.

En el primer capítulo, titulado ‘Sicilia como metáfora política’, Álvarez-Uría construye su primer estudio de caso: el de Sicilia como la metáfora de la construcción de esa entidad sociopolítica y cultural a la que llamamos estado-nación. Mediante el análisis de los paralelismos entre el Gatopardo de Lampedusa y otras novelas relevantes del momento, y mediante su puesta en relación con el pensamiento de otro siciliano célebre –el sociólogo Gaetano Mosca– el autor teje la malla que une las dos caras de lo literario en la reconstrucción de un momento clave para la ciencia política que demostró la asombrosa capacidad de adaptación de las élites a los cambios históricos revolucionarios.

En el segundo capítulo, que lleva por título ‘Rusia en las tinieblas’, se acerca al nihilismo ruso en tanto que movimiento social que marcó la producción literaria y cultural del siglo XIX mediante las novelas de Tolstoi y Turgenev, entre otros, y un agudo análisis del pensamiento de Kropotkin, trata de hacer justicia al pensamiento crítico de toda una generación que frecuentemente ha sido capciosamente vinculada al terrorismo, la inmoralidad y las tendencias autodestructivas.

El tercer capítulo, ‘Asesinatos en la intimidad’, ofrece un psicoanálisis de la Inglaterra victoriana mediante el interesante escrutinio de un género literario lleno de dualidades. Se trata de las novelas de misterio, caracterizadas por personajes de inteligencia superior que consiguen que los criminales reciban un correctivo ejemplarizante. Mediante su agudo análisis, el autor muestra el fantasma del conservadurismo burgués recorriendo las tramas de los populares Sherlock Holmes, Poirot o Miss Marple.

En el cuarto capítulo, titulado ‘Los aventureros del espíritu’, el autor se adentra en lo que llama la literatura del yo, el momento de reacción intimista de la literatura que coincide con el auge del psicoanálisis y cuya influencia mutua se esfuerza en remarcar Álvarez-Uría. El teatro de Ibsen o la reinterpretación de la época que se hicieron de los principales mitos clásicos, sirven para convencernos de la estrecha relación entre la literatura del momento y la herida al ego humano que supuso la teoría freudiana.

El quinto capítulo, ‘Trabajadores nómadas’, retrata la explotación laboral en América a finales del siglo XIX y principios del XX, y las grandes masas de trabajadores itinerantes que alternaban constantemente la situación de empleo precario con la de desempleo. Mediante numerosas novelas que reflejan la situación de miseria de aquellos años, nos acerca a la figura de los *hoboes*, soñadores precarios nómadas que buscan salir de la miseria.

En el sexto capítulo, titulado ‘Republicanas’, el autor se acerca a los hechos que marcaron la Segunda República española y el cambio radical que implicó en el papel sociopolítico de la mujer. Su reconstrucción, en este

caso, toma como base la literatura de las propias escritoras republicanas, protagonistas en el cambio político que supuso la Segunda República. Fernando Álvarez-Uría hilvana los relatos de estas mujeres con los distintos análisis sociológicos contemporáneos aportados por estudios de género contemporáneos sobre esa época, entre los que incluye destacan algunas obras de Julia Varela, su compañera, entre las que destacan *Mujeres con voz propia. Análisis sociológico de las autobiografías de tres mujeres de la burguesía liberal española* (2019) o *Nacimiento de la mujer burguesa* (2011). Partiendo de las fuertes disputas ideológicas que caracterizaron al feminismo de aquellos años entre las corrientes del feminismo burgués y el feminismo revolucionario, el autor analiza las visiones de mujeres republicanas con distintos posicionamientos ideológicos a través de sus relatos de los convulsos tiempos de la Segunda República, la adquisición de derechos, su conculcación tras el triunfo en la guerra del golpismo reaccionario y la vivencia de las represalias en mujeres que, tras haber gozado de la libertad, vieron retroceder un siglo su propia situación.

En el sexto y último capítulo, titulado ‘El sociólogo y el poeta’, Álvarez-Uría se adentra en una de las temáticas a las que ha dedicado buena parte de su extensa obra: la situación social de los enfermos mentales. El estudio de esta situación lleva al autor a prestar especial atención a dos personajes que bien pudieron entablar relación en el manicomio de Santa Elizabeth: el sociólogo Erving Goffman durante su investigación sobre las instituciones mentales y el célebre poeta americano de la generación perdida Ezra Pound durante el ingreso de este último. El caso de Pound fue un caso sonado y mediático de la historia de los Estados Unidos y contribuyó, al igual que la obra de Goffman, al cuestionamiento de las instituciones de reclusión mental. Si bien la obra de Goffman, que tuvo por título *Internados*, no menciona directamente a Pound –seguramente debido a las condiciones de privacidad que se vio obligado a firmar para poder acceder al manicomio– Álvarez-Uría especula, mediante referencias a distintas fuentes, sobre la mutua influencia entre estos dos personajes.

En el epílogo, el autor revisa diversas novelas críticas sobre el autoritarismo producidas en Latinoamérica y España que dieron lugar a lo que se conoce como el género literario de ‘las novelas del dictador’. *El otoño del patriarca*, *Tirano Banderas* o *Muertes de Perro*, sirven a Álvarez Uría, precisamente, para realizar un ferviente alegato en favor de la democracia. En el que quizás sea el más explícitamente comprometido de sus capítulos, el autor hace una apuesta clara, no por una democracia liberal y burguesa, sino por una democracia militante que huya del personalismo caudillista más o menos responsable de gran parte de los males de los países latinos. A través de las aportaciones de Mannheim, Durkheim o Camus, Álvarez-Uría lleva a cabo el cierre político de su obra: una apuesta por que la libertad prevalezca sobre la servidumbre.

Sociología y literatura es un libro pertinente y necesario. La exquisitez de la redacción del autor no puede sino provenir de la admiración que profesa a los grandes de la novela el teatro y la poesía. Bien podría decirse que, si bien no se menciona directamente en su obra, es

esta otra deuda que la sociología de Álvarez-Uría, siempre clara y directa –aunque no por ello menos incisiva y comprometida– tiene con la miríada de novelas que le ha acompañado a lo largo de su vida.

Si hubiera algo que matizar en futuros trabajos del autor que trataran, al igual que este, la relación entre sociología y literatura sería la timidez con la que se adentra en el campo. No es algo necesariamente reprochable en un sociólogo. Sin embargo, al final de la obra, al lector le queda la irremisible sensación en el paladar de que, por prudencia, Álvarez-Uría ha preferido el escrupuloso respeto a las obras que la construcción de una teoría fuerte que las desarmara a fin de convertirlas en herramientas para un análisis sociológico más general. No hay que ignorar tampoco, en favor de su recato, que muchos son –desde la sociología y desde la crítica del arte– los que han irrumpido en el campo del arte como elefantes en cacharrería reduciendo la literatura a mero apéndice de cualquier otra cosa (ya se trate del genio o la estructura). En esta reflexión, no puede dejar de asaltarme de forma recurrente el poema de Pablo Neruda, firmado con el pseudónimo de Nefalí Reyes, al que tituló ‘Oda a la Crítica’. Creo que, en él se refleja esa sensación de perpetración del arte en su reducción cuanto el poeta siente que los críticos cogieron su poesía y:

la hicieron embudos,/ la enrollaron,/ la sujetaron con cien alfileres,/ la cubrieron con polvo de esqueleto,/ la llenaron de tinta,/ la escupieron con suave/ benignidad de gatos,/ la destinaron a envolver relojes,/ la

protegeron y la condenaron,/ le arrimaron petróleo,/ le dedicaron húmedos tratados, la cocieron con leche,/ le agregaron pequeñas piedrecitas,/ fueron borrándole vocales,/ fueron matándole/ sílabas y suspiros,/ la arrugaron e hicieron/ un pequeño paquete/ que destinaron cuidadosamente/ a sus desvanes, a sus cementerios (Neruda, 2005, pp. 52-54).

Sin embargo, uno no deja de preguntarse qué hubiera pasado si un bagaje sociológico y literario como el de Álvarez-Uría, con el infinito respeto que profesa por su objeto de estudio, hubiera osado trastocar el alma del objeto mismo. Quizás, la profanación hubiera tenido algo de fructífero; o quizás hubiera sido una nueva violación del estatus de autonomía de un arte, cada día más vapuleado por las tendencias del mercado.

En resumidas cuentas, esta obra, tan sugerente como necesaria, muestra que la literatura y la sociología no son, como ha planteado a lo largo de toda su obra, islas de conocimiento separadas y aisladas, sino observatorios sociales que sirven como guía para la acción y para el compromiso político. Lo hace desde la seriedad sociológica de quien maneja el corpus de los clásicos y los contemporáneos de la sociología, pero también desde el profundo respeto y la admiración que otorga la propia vinculación afectiva con el objeto de estudio.

Ante este libro no solo nos encontramos, como dice en el prólogo Luís Mancha, frente a un acto de amor a la literatura; también se trata de un flagrante acto de amor a la sociología y a la libertad.

Referencias

- Bourdieu, P. (1990). El campo literario. Prerrequisitos críticos y principios de método. *Criterios*, 25-28, 20-42. <http://educacion.deacmusac.es/practicaslegitimadoras/files/2010/05/bourdieucampo.pdf>
- Bourdieu, P. (1994). Pour une science des oeuvres. En *Raisons Pratiques: sur la théorie de l'action*. Editions du Seuil.
- Bourdieu, P. (1998). *Les règles de l'art*. Editions du Seuil.
- Brecht, B. (1973). *El compromiso en la literatura y arte*. Editorial Península.
- Goldmann, L. (1975). *Para una sociología de la novela*. Editorial Ayuso.
- Gramsci, A. (1973). *Cultura y literatura*. Editorial Península.
- Lukács, G. (2010). *Teoría de la novela: un ensayo histórico-filosófico sobre las formas de la gran literatura épica*. Ediciones Godot.
- Neruda, P. (2005). *Las odas elementales*. RBA, Instituto Cervantes.

Albert García Arnau
Universidad Complutense de Madrid (España)
E-mail: albgar05@ucm.es; <https://orcid.org/0000-0002-8431-2188>